

El desmantelamiento de los bombarderos del Bronx

DÁMASO MURÚA

Los primeros síntomas subterráneos salieron a flote cuando los yanquis de Nueva York perdieron las series mundiales anuales con los Diamantes de Arizona; al siguiente año, se quedaron a la mitad de la disputa de su banderín americano; pero en el año pasado, los Marlins de la Florida, los liquidaron en seis juegos. Un pitcher chamacón, como Whitey Ford, en sus mejores tiempos, les ganó el último juego.

Pero en la pasada serie de siete juegos, ya no hubo dudas. El equipo debería perder a como diera lugar, en favor de los Medias Rojas de Boston. Empezaron, para que el público se diera cuenta, ganándoles los primeros tres juegos y después perdieron cuatro partidos en fila india. Al manager Joe Torre, se le veía mirándose las agujetas de sus *spikes*, y absteniéndose de salir a cambiar a los lanzadores. Los demás miembros del equipo, estaban ensombrecidos debido a las órdenes controladas por el comisionado del béisbol, funcionario que está obligado a velar por el *espectáculo total* de este deporte. Los Mulos de Manhattan, *están alejando de los estadios al público*; de la tercera edad, sobre todo.

La prensa deportiva de nuestro país, fingió no querer entender el diagnóstico. Los Yanquis, como triunfadores indiscutibles datan de La Era de los Años Veinte; el tiempo del jazz, el Cotton Club, el restaurante Jack Dempsey y el Waldorf Astoria. Las Torres Gemelas llegarían más tarde.

Empezaron comprando el contrato de Babe Ruth a los Medias Rojas, convirtiéndose el bambino en la vedette indiscutible de los jonrronazos, hasta que acumuló 714 vuela-cercas. Manager en esos años, fue Mc

Carthy pero le siguieron Millar Huggins y el viejito transa Casey Stengel.

Fueron también los tiempos toleteriles de Lou Ghering, un primera base que no ha vuelto a tener equipo. Ruth-Gehring, eran más letales que el Manny Ramírez y David Ortiz, patirrojos temidos en estos años.

Pero fue en la época timoneada por Casey Stengel, la que colocó a los Mulos citados, en el frente de las preferencias continentales y locales. Brilló el rubio Ford, quien en 1948 bebió mucho tequila en la Bahía de Olas Altas de Mazatlán. Stengel, vía la chequera de dólares muy abundantes del dueño del tim, comandó dos equipos de primer nivel: Tommy Heinrich, Hill Martin, Gil McDougald, Mickey Mantle y Hank Bauer; y de pilón Yogi Berra jugaba la receptoría.

Ganaron ocho campeonatos, casi en línea, con la excepción de 1954, cuando los Indios de Cleveland fueron barridos por los Gigantes de New York, y Beto Ávila resultó campeón bateador latinoamericano con .341 de porcentaje. Atrás, había quedado Ted Williams, el héroe-aviador de la Segunda Guerra.

Pero en esa década tenebrosa de Stengel, como se pagaban bajos sueldos a los peloteros y al manager menos, éste procuró en seis series, *llevar a 7 juegos* los encuentros de octubre. En *el último*, decidían. Pero en una ocasión, le salieron mal las cuentas a Stengel y los jugadores protestaron; Bob Turley, delató las patrañas de Casey, quien recibía a cambio cien mil dólares extras, por cada serie de siete juegos. Los medios de comunicación gringos callaron, con estilo de Carlos Denegri, nuestro periodista extorsionador de esos años.

Fue más fácil cesar a Casey Stengel, que perder el avestruz de los huevos de oro beisboleros.

Intermedio a cargo de los mexicanos gastalones.

Cuando el presidente Miguel Alemán arribó a la presidencia mexicana, los gringos le soltaron troques y bar-

cos repletos de dólares, para que efectuara obras de infraestructura: carreteras, escuelas, hospitales, puentes, presas de irrigación y hasta casas de mala nota, según contaban en los Portales del puerto jarocho. Algunos centavos, los manejó el veracruzano Jorge Pasquel, quien era aduanero y dueño de dos equipos de béisbol.

Pasquel, ensobrecido por los billetes verdes, invadió las Ligas Mayores y contrató a estrellones que efímeramente jugaron en la Liga Mexicana de Verano. Llegaron al estrellón Max Lanier, Sal Maglie, Vernon Stephen, Danny Gardella, y a Ted Williams, le mandaron un cheque en blanco, con tal de que jugara en Guaymas, con los Ostioneros. Como en aquel entonces, los cubanos y negros de las Ligas Negras Yanquis, venían a jugar a México, Lanier sostuvo unos duelazos con Cocaína García, Coahuila Valenzuela y Agapito Mayor. Hasta Joshua Gibson, se arrimó a Tampico, para pegar más de 36 jonrones en medio time.

Adolfo Luque, el cubano, dirigió al Puebla y a otros gringos como Hasuman, segunda base que apenas era mejor que Heberto Blanco. Pero la mayoría regresó a la Liga Mayores, buscando perdón y pidiendo habas a los dueños de los equipos.

En esos años cuarenta, nadie ganaba cien mil dólares anuales en cualquier equipo. A Ruth, le pagaron \$100,000 dólares, como máximo, y los demás peloteros jugaban por habichuelas y papas fritas. A Mickey Mantle, ya en los años cincuenta, cuando le aumentaron a más de cien mil dólares por temporada, fue señalado como un magnate. Pero Mantle, terminó anunciando polvo detergente contra el pie de atleta. Es decir, también recibió sueldos bajos; y todos los de ese tiempo. Después, el Catfish Hunter, con los Yanquis, cobró más de tres millones por una temporada. Lo celebraron en grande. Había una *cláusula de reserva*, del patrón beisbolero, que le permitía manejar como vacas a los atletas de todas las Ligas Mayores.

Pero no hay mal que dure 100 años, ni pazguato que los aguante. El negro Davis, de Los Cardenales, les ganó ante la Suprema Corte Gringa, a los patrones, y se abrieron las chequeras para todos. Pero el centro field de Los Pájaros Rojos, compañero de Bob Gibson, un inmortal, cayó en el alcoholismo, lo vetaron en todas partes, incluido México; no lo dejaron contratarse con Tabasco. Y luego se autollaman Mundo Libre, los norteamericanos.

Pero la raya que les pintó en los dólares usureros, el mexicano Pasquel, provocó sismos diversos en el béisbol organizado por nuestros primos. Ah, y Miguel Alemán, mandó traerle a Babe Ruth, al Estadio Delta, a su hijo Miguelito (ese que es gobernador de Veracruz y esposo de Christian Martell). A pesar de la rabia del portentoso cubano Ramón Bragaza, Ruth, ya viejo, sacó dos jonrones que cayeron en el panteón francés de La Piedad.

Después, llegó el cortito tiempo del güero Roger Maris, quien bateó 61 jonrones, pero que ya opacaron el güero McGraw y el negro Barry Bonds, con 73 leñazos. Mas los Yanquis continuaron ganando.

Como bien sabemos, los larguísimos calendarios de este deporte son descomunales. Es peor que trabajar en fundidoras de fierro y acero, donde los turnos de trabajo son de cuatro horas, que contratarse como beisbolista. En Chicago y Minnesota, las cosas deportivas dicen los jugadores jóvenes, que Satanás, ni cualquier otro diablo puede jugar sin agotarse. Treinta equipos, juega cada uno, 162 desafíos. En el fútbol americano, sólo juegan 16. En el fútbol soccer, apenas rebasan 30 eventos, y un boxeador si pelea tres veces al año, es mejor que Joe Luis o Cassius Clay.

En este año 2004, fue fácil comprobar que los estudios de béisbol atraían gente, abajo del 50 por ciento del total. Con excepciones, claro, de los diez equipos que estaban jugando bien, con pitcheo y bateo. Los ancianos jubilados –que son la mayoría en USA– los acontecimientos del 11 de septiembre, cuando noquearon con

aviones a las Torres Gemelas, *se hartaron*. Dijeron que qué chiste era ir a ver ganar a los Yanquis, siempre, siempre.

Lo que derramó el vaso fue un detalle nimio: se reveló que en más de 60 juegos del roll, los Mulos de Maniatan, ganaron viniendo de atrás remontando las pizarras.

El gran comisionado tuvo que intervenir, como intervinieron en las peleas de Cassius Clay y Mike Tyson, los liquidaba *antes de cuatro asaltos*. Los comerciantes de la TV, reclamaron: *si tenemos comerciales pagados por 15 rounds, cómo te atreves a noquearlos tan temprano*. Claro es que quienes substituyeron a Tyson, ahora duran toda la pelea, cacheteándose y fingiendo que los golpean.

Parece que dismantelarán a los Yanquis. Empezarán por el centro field: Bernie Williams y Lofton, son negros viejos que ya jugaron sus mejores tiempos. Que Steinbrenner, el dueño de los Yanquis, anda a la caza del latino Carlos Beltrán, quien recién jugó con los Astros de Houston.

Con su *chequera infinita*, el mandamás de New York, sobrepasa suelos en 29 equipos de las Ligas Mayores, es decir, todos los demás. Los Marlins de La Florida, apenas pagan un 35 por ciento de la nómina *yankófila*. Y los matalotes Medias Rojas, se vieron muchas veces en ridículo para ganarles. Con un abrazo amarrado, no cualquiera batea.

Los síntomas del dismantelamiento yanqui, quedaron al descubierto cuando les *ganaron tres partidos* a los de 1918, es decir, los Medias Coloradas. Pero como apalearon en uno de esos tres juegos, al alemán Schilling, después con el tobillo enyesado, les ganó un juego de esos cuatro. En otros tiempos, *con tres toques de bola*, hubieran quebrado al alemán; que no presuma. Joe Torre, escondía su carota debajo del dogout del Bronx. Que los Yanquis de Nueva York, no pudieron ganar uno de cuatro, después de verlos ganar tres (uno por palizón

de más de 15 carreras), nadie se los cree. Ni en el club Chololos, una marisma donde juegan pelota, los del muelle porteño, quieren aceptarlo.

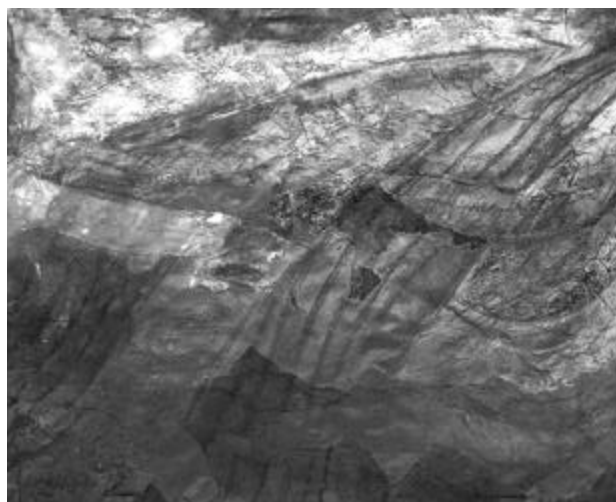
A menos que si aceptemos el dicho que aquí argumentan algunos mazatlecos: yo le voy al América, porque es un equipo capitalino que tiene televisión y mucho *dinero*. Claro que igual les voy a los Yanquis neoyorquinos, porque ganan y tiene también *mucho dinero*. Ni hablar pues.

Recordemos como final, ese dicho que cuentan: en deporte, en religión y en política, más vale no discutir. Nadie se va a poner de acuerdo.

Yo nomás opino, porque escribí un libro que se llama *Cincuenta Años De Nuestro México Deportivo*, que por ahí ha de andar. Fui *yankófilo*, aunque sí creo que este deporte, dadas las ambiciones desmedidas de los adinerados, se encuentra en peligro.

Y no nos metamos en los terrenos de la mafia de Sicilia. Porque ellos también se quejaron, por baja en las apuestas. Ya nadie quiere apostar a favor de los Mulos del Bronx. El negocio es negocio. Quedemos en santa paz, con estos argumentos.

Como posdata, podríamos transcribir los aforismos bíblicos del filósofo Luis Manuel Gómez, Obispo Cívico de Escuinapa: "a mí, me siguen gustando las corridas de toros; en el ruedo no han de poner de acuerdo al toro. Cuando participan *dos humanos*, todo se transa y se revuelve..."



Irene Arias